

## ARIETES EX AFRICA\*

Joaquín Gómez-Pantoja  
Universidad de Alcalá

En el capítulo VII de su *de Re rustica*, Columela ilustra la exposición sobre las características de la lana, su color y distinto precio con una anécdota familiar: un tío suyo, Marcos Columela, admirado del colorido de un lote de carneros africanos que unos *munerarii* habían traído a su Gades natal, los compró para emparejarlos con sus ovejas de lana fina (*tectum genus*); en la primera generación se obtuvieron animales con la coloración paterna y el vellón hirsuto, pero cuando éstos cubrieron ovejas tarentinas, el resultado fueron corderos con lana de mayor finura; los cruces posteriores aumentaron la calidad del vellón sin alterar su buscado colorido.<sup>1</sup>

Para aquellos familiarizados con los manierismos y tópicos clásicos, la historia puede parecer sencillamente un lógico corolario del muy extendido prejuicio antiguo que atribuía cualidades hipersexuales a todo lo africano; *gens Numidarum in Venerem praeceps*, afirmó con toda naturalidad Livio y, ciertamente, el aserto podía fácilmente justificarse aduciendo la exagerada pasión amorosa de algunos africanos ilustres, tales como Dido y Massinisa o, y si se quería redondear el argumento, recordar que ese rey nómada había seguido engendrando hijos con ochenta años.<sup>2</sup> Pero la prueba palpable de que África era patrimonio de Venus era la inacabable variedad de la fauna líbica, que sólo parecía explicable suponiendo que en esas tierras eran viables los mestizajes más arriesgados e impensables; a este respecto, debe recordarse el divertido capítulo de la enciclopedia pliniana que discute las circunstancias y causas que originan el cruce de leones y panteras (*pardus*) y se sistematizan sus resultados; por cierto, que es precisamente en este contexto donde Plinio parece haber dado nueva vida a un proverbio ya secular en griego: *ex Africa semper aliquid novi*.<sup>3</sup> Siendo lo insólito y novedoso causa

---

\* Este trabajo ha sido posible gracias a la ayuda económica de la Dirección General de Investigación Científica y Técnica, de la Secretaría de Estado para las Universidades (PB 90-280). Igualmente, he de agradecer a Apple Computer de España la subvención concedida en 1991 para estudiar las trazas del antiguo pastoreo en la Península Ibérica.

<sup>1</sup> *Nam cum in municipium Gaditanum ex vicino Africae miri coloris silvestres ac feri arietes, sicut aliae bestiae, munerariis deportarentur, M. Columella patruus meus acris vir ingenii, atque illustris agricola, quosdam mercatus, in agros transtulit, et mansuefactos tectis ovibus admisit. Eae primum hirtos, sed paterni coloris agnos ediderunt, qui deinde et ipsi Tarentinis ovibus impositi, tenuioris velleris arietes progengeraverunt. Ex his rursus quicquid conceptum est, maternam molliorem, paternum et avitum retulit colorem.*

<sup>2</sup> LIV. 30,12,18.

<sup>3</sup> Sobre los leopardos PLIN. *NH VIII*, 42 y 62-63; cf. H. LEITNER, *Zoologische Terminologie beim älteren Plinius*, Hildesheim 1972, 188-9. Otra especie supuestamente híbrida, al menos en nombre,

universal de curiosidad, las bestias africanas fueron consideradas elementos necesarios en los espectáculos y *venationes* del anfiteatro.<sup>4</sup> Los carneros adquiridos por el tío de Columela estaban destinados originalmente a este fin<sup>5</sup> y el tenor del relato parece indicar que Gades era un lugar especializado en la importación y distribución de fieras africanas, lo que no resultaría impropio considerando el papel de la vieja colonia fenicia en la explotación de los recursos naturales de África y los vínculos humanos, culturales y legales existentes entre ambas orilla del Estrecho de Gibraltar.<sup>6</sup>

Sin embargo, el relato de Columela es mucho más que el derivativo de un lugar común y su posible enjundia histórica sólo ha sido explorada parcialmente. La anécdota suele citarse en relación con la capacidad de griegos y romanos para potenciar mutaciones de interés económico en especies domesticadas y también a propósito de la evolución genética de las ovejas laníferas: como el experimento tuvo lugar en Hispania y fue esta tierra donde surgió una raza ovina que es paradigma de la lana de calidad, ha habido quienes han vinculado causalmente ambos sucesos. El propósito de este trabajo es examinar ambos presupuestos y sugerir quizá líneas de investigación para el aprovechamiento futuro de la anécdota.

La experiencia del tío de Columela se ha considerado uno de los pocos casos documentados en la Antigüedad de cruce selectivo, es decir, de búsqueda consciente de determinadas características.<sup>7</sup> Ello quizá es una exageración, porque hay evidencia sobrada de que los ganaderos grecorromanos, aún de modo pedestre, supieron cómo fomentar las mutaciones favorables: Scrofa definía el arte pastoril como *scientia pecoris parandi ac pascendi*<sup>8</sup> y el relato de Columela trae a la memoria sendos comentarios de Trimalción y Varrón, el primero sobre el modo en que el ilustre *parvenu* mejoró la calidad lanífera de su rebaño —*arietes a Tarento emit, et eos culavit in gregem*—,<sup>9</sup> mientras que el segundo razona por qué pastores y gañanes deben preferir los perros de gran alzada y capa blanca.<sup>10</sup> Pero tampoco es menos cierto que la lectura de los

---

es la jirafa, vid. HOR. *Ep.* II, 1, 95 y la glosa del escoliasta, SCHOL. HOR. *ad. loc.*; cf. VARR., *Ling. lat.* V, 100. Sobre el proverbio, sus versiones y posterior fortuna, vid. I. RONCA, *Ex Africa semper aliquid noui: The Ever Surprising Vicissitudes of a Pre-Aristotelian Proverb*, en «*Latomus*» 1994, pp. 570-93.

<sup>4</sup> Sobre el empleo de fieras *africanæ/libycae* en espectáculos, vid. *CIL* IX, 2350 y 10 539; es presumible que designaciones de esta clase indicasen tanto el origen de los animales como una clase esterotipada de atracción, cf. H. de Villefosse, «*CRAI*» 1910, p. 135.

<sup>5</sup> Para el uso de ovinos en el anfiteatro, cf. MART. *Spect.* XXI y nótese que Julio Capitolino, en su *Vita Gordiani* (SHA ed. Hohl 20 3, 7-8) se refiere a una atracción con *oves ferae*.

<sup>6</sup> Vid. M. PONSICH, *Perennité des relations dans le circuit du détroit de Gibraltar*, «*ANRW*» II-3, 1975, pp. 655-84; F. LOPEZ PARDO, *Apuntes sobre la intervención hispana en el desarrollo de las estructuras económicas coloniales en Mauritania Tingitana*, en E. RIPOLL (ed.) *Actas del I Congreso sobre El Estrecho de Gibraltar, Ceuta 1987*, vol. I, Madrid 1988, pp. 741-48; E. GOZALBES CRAVIOTO, *Observaciones acerca del comercio de época romana entre Hispania y el Norte de África*, «*AntAfr* 29», 1993, pp. 163-76 y *Una adscripción a la Bética de las ciudades de la Mauritania Tingitana (año 69)*, en J. SANTOS (ed.), *Pre-actas del III Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Vitoria 1994, pp. 421-6.

<sup>7</sup> J.M. FRAYN, *Sheep-rearing and the Wool Trade in Italy during the Roman Period*, Liverpool 1984, p. 33.

<sup>8</sup> VARR., *R.R.* II.1.11

<sup>9</sup> PETRON., *Satyr.* 38.2, con el comentario de A. GIARDINA, *Società romana e produzione schiavistica. L'Italia*, Bari 1981, p. 92.

<sup>10</sup> VARR. II.9,3 y 4.

*scriptores de rebus rusticis* lleva al convencimiento de que los antiguos responsabilizaban más a las circunstancias ambientales que a la genética del aspecto, comportamiento y utilidad de un animal; en consecuencia, el conocimiento de la leyes de la herencia era puramente empírico y basado en premisas falsas: entre ellas, la creencia generalizada de que el colorido del vellón dependía primordialmente del agua de los ríos donde abreviaban las ovejas o que los ejemplares con paladar pigmentado tenían descendencia con lana colorida.<sup>11</sup>

La mejora genética antigua debió realizarse, pues, lentamente, por medio de cruzamientos que buscaban la aparición o el descarte de determinados rasgos útiles del fenotipo; tal procedimiento de prueba y error, más el papel nada desdeñable de la Naturaleza, posiblemente sean responsables de “la carencia de propósito” que los expertos aseguran detectar en la evolución de la mayoría de las especies domesticadas. Esa impresión se refuerza cuando se considera que la etnología de los animales domésticos elaborada por los antiguos<sup>12</sup> corresponde a lo que los zoólogos y veterinarios llaman hoy razas “geográficas”, esto es, grupos de individuos con características comunes pero dentro de un amplio abanico de variabilidad.<sup>13</sup> Pero aún carentes de propósitos y realizados gradualmente, es innegable que los cambios genéticos sucedieron y la mejor prueba de ello son las actuales divergencias de tamaño, aspecto y carácter entre los ejemplares domésticos y ferales de una misma especie.

En el ganado ovino, las diferencias no sólo afectan sustancialmente a algunos rasgos externos de los animales,<sup>14</sup> sino que dejan perplejos a los especialistas, porque la cuestión no es tanto cómo y cuándo pudieron producirse las mutaciones sino el por qué mismo de la domesticación. Efectivamente, de los tres usos potenciales —carne, leche y lana— de una oveja, sólo el primero podía ser aparente a quienes domaron los primeros ejemplares de la especie; por razones obvias, la utilidad alimenticia del ordeño no podía ser previsto en animales inaprensibles, mientras que el pelo de los ovinos silvestres carece apenas de empleo textil debido a sus características, ya que su cobertura externa se dispone en dos capas, una externa, de naturaleza pilosa y grosera, formada por fibras rígidas, gruesas, fuertes, meduladas, producidas por los folículos que los expertos llaman “primarios”; y otra interna, de fibras finas, sedosas, suaves, ameduladas, onduladas y lanosas, que nacen de los folículos “secundarios”. Mientras que en los ejemplares salvajes, la capa externa predomina sobre la interna, en los domesticados, especialmente en las razas más lanígenas, ésta se ha desarrollado hasta hacer desaparecer casi completamente el pelo.<sup>15</sup> Lo paradójico es que la mutación genética que potenció la lana sobre el pelo no pudo producirse únicamente como consecuencia de la domesticación —el proceso envuelve cambios genéticos demasiado importantes y complejos— pero

<sup>11</sup> VARR. II.2,4; VIRG. *Georg.* III, 387-90

<sup>12</sup> Por ejemplo, el catálogo de razas ovinas según COL., *R.R.* VII, 2.3: *(Oves) generis eximii Calabras, Apulasque et Milesias nostri existimabant, earumque optimas Tarentinas. Nunc Gallicae pretiosiores, earumque praecipue Altinates.*

<sup>13</sup> W. HERRE, *The Science and History of Domestic Animals* en D. BROTHWELL y E.S. HIGGS, *Science and Archaeology*, Londres 1969, p. 263.

<sup>14</sup> A. SÁNCHEZ BELDA y M.C. SÁNCHEZ TRUJILLANO, *Razas ovinas españolas*, Madrid 1986, pp. 31-32.

<sup>15</sup> M.L.RYDER, *Follicle arrangement in skin from wild sheep, primitive domestic sheep and in parchment*, «Nature» 182, 1958, pp.781-3.

tampoco pudo ser la causa de la misma, dada la escasa presencia de la lana en las ovejas ferales.<sup>16</sup>

En cambio, sí que pueden ser atribuidas a la doma otras mutaciones del vellón de notable interés económico y que se debían estar produciendo contemporáneamente al tiempo de Columela. El primer cambio es la desaparición progresiva en las razas domésticas de la muda estacional, bien porque se alargó el período de presentación del vellón, bien porque se redujeron las zonas de cobertura pilosa afectadas. Mientras los rebaños sufrían la muda, la recogida de lana se hizo por arrancamiento coincidiendo con los períodos de despeluche; esta circunstancia es recordada por la etimología latina de *vellus*,<sup>17</sup> por diversos testimonios históricos que llegan hasta el siglo pasado,<sup>18</sup> y posiblemente, por la costumbre ganadera antigua de cubrir con pellizas u otro material el cuerpo de ciertas ovejas —*oves pellitae, genus tectum*— cuya lana era reputada de altísima calidad.

Otra mutación humanamente inducida afectó a la pigmentación de la lana. Los ovinos salvajes suelen presentar capas uniformes pero constituidas, en distinta proporción, por fibras blancas, negras, grises y pardas; las variedades domésticas, por contra, propenden, por un lado, a la policromía, bien en forma de capas con manchas de colores limpios, bien de individuos con vellones uniformes monócromos. Indudablemente, el interés de Columela por el experimento de su tío debe enmarcarse en el proceso contemporáneo por conseguir coloraciones variadas, de las que las blancas eran las más buscadas y apreciadas porque teñían sin interferencias: la insistencia de los *scriptores rerum rusticarum* en este punto indica que en los siglos inmediatos al cambio de Era eran todavía excepcionales los rebaños de vellones de calidad y de color albo. Los análisis de Ryder han demostrado que muchas de las muestras de tejidos antiguos aparentemente blancos, examinados con detalle, revelan una proporción superior a la actual de fibras grises o pardas.<sup>19</sup> Y además es importante no olvidar que el color y la calidad de lana no con características opuestas sino distintas: las referencias de Plinio y Columela al ganado *pullus atque fuscus* de Corduba,<sup>20</sup> productor de excelente lana, quizá aludan al hecho frecuentemente olvidado de que la pigmentación dominante del merino parece ser la negra, hasta tal punto que hoy día, después de siglos de cría selectiva, no sólo son viables animales más o menos oscuros sino que existen todavía rebaños enteros de esas características.<sup>21</sup> Indudablemente, para conseguir la epistasis de las capas blancas, los expertos opinan que ha sido imprescindible el recurso a

<sup>16</sup> M.L. RYDER, *Sheep: Hilzheimer 45 years on*, «Antiquity» 66, 1982, 16; la paradoja ha llevado a K.V. FLANNERY, *Origins and ecological effects of early domestication in Iran and the Near East*, en P. J. UCKO y G.W. DIMBLE, *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals*, Londres 1968, p. 92, a suponer que la lana se desarrolló como respuesta natural de la oveja ante el desafío ecológico de la cautividad en climas tórridos.

<sup>17</sup> Sobre la práctica en época romana, cf. VARR., *R.R.* 2.2, 13; PLIN. *NH*, VIII, 191;

<sup>18</sup> C. ALFARO, *Tejido y cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la Prehistoria hasta la Romanización*, Madrid 1984, pp. 39-40.

<sup>19</sup> M.L. RYDER, *Changes in the fleece of sheep following domestication (with a note on the coat of cattle)*, en P. J. UCKO y G.W. DIMBLE, *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals*, Londres 1968, pp. 495-6,

<sup>20</sup> COL. *RR* VII, 2.4; PLIN., *NH* VIII, 191.

<sup>21</sup> SÁNCHEZ BELDA y SÁNCHEZ TRUJILLANO, *op. cit.* pp. 277-8 citando los cuadernos de crianza del rebaño de Rambouillet y algunos estudios genéticos sobre el particular; p. 596, sobre los hatos residuales de *merinas pretas* del Alemtejo portugués.

sementales foráneos, lo que emplaza el experimento del tío de Columela con los moruecos africanos en una perspectiva de gran interés.

Todos estos cambios tienen importancia universal ya que condicionan y explican la utilidad de la oveja, pero son de especial relevancia en la Península Ibérica por cuanto la feliz asociación de sus condiciones naturales —clima, relieve y amplios pastizales— con determinadas prácticas pastoriles contribuyó a la génesis de una bestia extraordinariamente lanígena que durante siglos, constituyó la más singular y protegida fuente de riqueza de Iberia. Me refiero, claro está, a la variedad merina cuya difusión posterior a otras regiones ha hecho de esta raza la productora de lana de calidad por excelencia. La genealogía del merino sigue siendo un tema de discusión entre especialistas, no sólo por las dificultades inherentes para trazar la estirpe a través del tiempo y mediante pruebas insuficientes, sino por la propensión a confundir la aparición de estos animales como el tipo de pastoreo trashumante y, más específicamente, con la regulación de éste en el Honrado Concejo de la Mesta.<sup>22</sup> Una antigua y persistente tradición sostiene que el experimento del tío de Columela fue relevante en el origen de las merinas porque en la Península Ibérica existieron en época romana animales con características morfológicas y laneras que anticipan este linaje ovino. La evidencia aducida consiste en representaciones plásticas de ovejas —*ex vota* bronceos encontrados en algunos santuarios meridionales, ciertos relieves y esculturas de diversas regiones peninsulares— y en la interpretación interesada de los testimonios literarios clásicos.<sup>23</sup>

Quienes consideran que la hipótesis tiene poco de recomendable objetan, en primer lugar, que si uno se guía por el nombre, la palabra “merino” no se documenta hasta época relativamente tardía<sup>24</sup> y con casi completa seguridad se refiere a alguna de las tribus bereberes que pasaron a España durante la denominación árabe; y en segundo lugar, el cruce de moruecos africanos con ovejas locales parece una práctica corriente entre los ganaderos peninsulares deseosos de mejorar sus rebaños: a la vista de la documentación medieval, el experimento del tío de Columela parece sólo un episodio más dentro de una costumbre multisecular<sup>25</sup> y que, en cualquier caso, algunas comarcas del Marruecos atlántico, casualmente aquella hoy habitadas por la tribu meriní, siguen produciendo ovejas de lana fina cuyas características morfológicas son muy similares al merino.<sup>26</sup>

<sup>22</sup> Un resumen actual de la discusión en Ch.J. BISHKO, *Sesenta años después. La Mesta de J. Klein a la luz de la investigación subsiguiente*, «Historia, Instituciones, Documentos» 8, 1982, pp. 1-49 (= P. GARCÍA MARTÍN y J.M. SÁNCHEZ BENITO, *Contribución a la historia de la trashumancia en España*, Madrid 1986, pp. 21-82, esp. pp. 40-48).

<sup>23</sup> L. PRADOS, *Los exvotos ibéricos de la colección del Museo Arqueológico Nacional de Madrid*, Madrid 1992, proporciona al lector una buena guía sobre el tipo de material y sobre su utilidad a los efectos de esta investigación. Las figuraciones en las que se han querido ver ancestros del merino en G. APARICIO, *De etnología ovina. El merino. A propósito de dos testas de carnero esculpidas en sarcófagos romanos de Córdoba*, «Archivos de Zootecnia» 76, 1979, pp. 124 y ss.; y E. LAGUNA, *Historia del merino*, Madrid 1986, pp. 55-59 (una figurita romana de bronce que el autor considera la más antigua representación de un merino).

<sup>24</sup> J. KLEIN, *La Mesta. Un estudio de Historia económica española (1273-1836)* Madrid 1979, p.19; R.S. LOPEZ, *El origen de la oveja merina*, «Estudios de Historia Moderna» 4, 1954, pp. 3-11.

<sup>25</sup> KLEIN, *op. cit.* p. 20 con referencias a otras importaciones.

<sup>26</sup> H. EPSTEIN, *The Origins of the Domestic Animal of Africa*, Nueva York, 1971, vol. II, pp. 1-191 y especialmente pp. 80-109 para una comparación de las razas ovinas africanas y peninsulares.

Todos estos argumentos, sin embargo, yerran la marca porque ahora sabemos que lo que hace singular a un merino no es la forma de la testa, la presencia o no de encornaduras, los pliegues de la piel o su régimen de vida trashumante, sino la estructura de su piel, con una altísima proporción de folículos secundarios sobre los primarios; es decir, los vellones en los que predomina la lana sobre la garra o pelo. Esta distinción, apreciable a ojos de experto, resulta patente al microscopio y Ryder, examinando tejidos antiguos bajo este instrumento, ha demostrado que lo que las fuentes clásicas consideraban lanas finas son, según los criterios del gremio lanero de los últimos quinientos años, sólo de calidad entrefina o medio fina por contener proporciones elevadas de pelo o garra y, sobre todo, porque el diámetro de estas fibras es muy superior al de la verdadera lana.<sup>27</sup> Puede objetarse que el número de tejidos o pergaminos antiguos conservados es ridículo, que su densidad por épocas es apenas representativa y, sobre todo, que no han sido posibles los análisis de la lana o de la piel de las ovejas cuya calidad más apreciaban los antiguos, esto es, las del sur de Italia, las Galas, las Béticas y las Miliesias, porque sus zonas nativas no son tan propicias para la conservación de materia orgánica como los lodazales y turberas centro-europeas y las arenas del desierto.

A pesar de sus imperfectos resultados, la técnica de análisis establecida por Ryder marca posiblemente el camino correcto para indagar la estirpe merina y su orígenes, ya que el examen microscópico de los miles de pergaminos conservados en la Península Ibérica, algunos de ellos antiguos de los siglos VII y VIII, permitirán definir mejor la evolución de las ovejas peninsulares. Mientras tanto, y a falta de datos mejores, parece prudente suspender todo juicio sobre la importancia de la anécdota narrada por Columela y sobre todo, sobre su repercusión en las razas de la Península Ibérica, luego tan afamadas por su lana.

---

<sup>27</sup> RYDER, *Changes in the fleece...* pp. 504-5.